

J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA



ICONOGRAFÍA
DEL
GENERAL FRUCTUOSO RIVERA

IMPRENTA MILITAR

MONTEVIDEO

(URUGUAY)

1925

14917

Dr. J. M. FERNÁNDEZ SALDASA

Del Instituto Histórico y Geográfico
Ex Sub-Director del Archivo y Museo Histórico Nacional

ICONOGRAFÍA

DEL

GENERAL FRUCTUOSO RIVERA

VENCEDOR DE RINCÓN, CONQUISTADOR DE LAS MISIONES
Y PRIMER PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

IMPRENTA MILITAR
MONTEVIDEO
(Uruguay)
1928

F. 2706. R. 5. F. 4. 2

Siendo igualmente alabables los que realizan acciones dignas de ser escritas y los que escriben páginas dignas de ser leídas, más dignos de alabanza todavía, son aquellos que promueven el ejercicio de tan preciosas facultades.

PLINIO el Joven.

Montevideo, Julio 1.º de 1927.

Excmo. Señor Presidente de la República

Doctor Don Juan Campisteguy.

Excmo. señor:

Días pasados, y con la mediación de mi distinguido amigo el señor Simón Lucuix, Director del Archivo General de la Nación tuve el honor de ofrecer a V. E., de viva voz, los originales de un trabajo histórico mío, relativo a la Iconografía del General Fructuoso Rivera.

Ese trabajo, fruto de muy prolijas y largas investigaciones, entendía yo que podía ser editado oficialmente, con motivo del próximo aniversario centenal de la gloriosa conquista de Misiones.

El señor Presidente se dignó aceptar mi ofrecimiento, y me honró participando de la opinión mía; desde entonces he considerado los originales de mi estudio bajo la égida de V. E.

No obstante, me ha parecido necesario formular aquel ofrecimiento en una nota que pueda servir para hacer cabeza del expediente a formarse, con las disposiciones que emanadas de esa Superioridad, providencien lo que corresponda para dar comienzo a la impresión del referido trabajo.

Quiera aceptar V. E. con este motivo, las protestas de mi consideración más distinguida.

J. M. Fernández Saldaña.



PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

SECRETARIA

Montevideo, 6 de Julio de 1927.

Señor Doctor don José M. Fernández Saldaña.

Presente.

De mi consideración:

El señor Presidente de la República me ha indicado, haga saber a usted, que ha recibido su atenta nota de fecha 1.º de Julio, en la que usted le reitera el ofrecimiento que le hizo de viva voz, de los originales de un trabajo histórico relativo a la Iconografía del General Fructuoso Rivera.

El señor Presidente agradece dicho ofrecimiento en lo que vale y es su intención prestar el apoyo necesario para que esos originales puedan editarse para el Centenario de la conquista de las Misiones.

Saluda a Vd. con su más distinguida consideración.

Daniel Castellanos.

DECRETO

POR EL CUAL SE ORDENA LA PRESENTE PUBLICACION

MINISTERIO DE GUERRA
Y MARINA

Montevideo, Agosto 2 de 1927.

Visto el contenido de la nota que el Doctor D. José M. Fernández Saldaña dirige a la Presidencia de la República ofreciendo los originales de un trabajo relativo a la Iconografía del General Fructuoso Rivera, para ser editado oficialmente, con motivo del próximo aniversario centenal de la Conquista de las Misiones.

Atento a que dicha nota es la ratificación de lo manifestado verbalmente al Presidente de la República, lo cual mereció su aprobación por considerar que se trata de una idea patriótica, dada la trascendencia de la toma de las Misiones como hecho histórico nacional.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
RESUELVE:

1.º — Aceptar el ofrecimiento hecho por el Doctor D. José M. Fernández Saldaña de los originales de su libro "Iconografía del General Rivera" para una primera edición oficial.

2.º — Que la publicación se haga por la Imprenta Militar con sus recursos propios.

3.º — Que el autor de la obra quede encargado honorariamente de la dirección del trabajo.

4.º — Que se comunique, inserte y publique.

CAMPISTEGUY

General de División ESTANISLAO MENDOZA.



La iconografía de nuestros mayores se va perdiendo en una escasez de retratos según se remonta a los principios del siglo pasado.

Marchamos a medida que disminuyen las decenas de la centuria, rumbo a entroncar con el 1700, hacia el medio colonial del virreynato platense, libre de cosas nobles o bellas, frío y pobre medio.

El bisabuelo que tuvo su retrato hubo de posar ante algún extranjero en los primeros días de las patrias recién abiertas generosamente a la esperanza — y debió ser rico, además.

Y ricos, todavía, pudieron haber sido muchos.

Más difícil seguramente fué dar con el pintor capaz de hacer un retrato mediano.

El dudoso Guth, escandinavo; aquel Onslow que retrató a Santiago Vázquez; Goulou cuyo paso está bien señalado en la Argentina, y aquí, un poco más cerca, el italiano Cayetano Gallino con sus tonos frescos y sus manos bien puestas y bien tratadas.

Si no, había que recurrir a la miniatura, arte menor, eminentemente convencional.

El miniaturista no era tanto retratista como paciente, minucioso y hábil.

Nótese la semejanza de todas nuestras viejas miniaturas con sus ojos enormes y sus carnaciones luminosas si son mujeres, con sus narices rectas y su empaque prócer, cuando son hombres.

El pintor de miniaturas que se acercaba al original — consiguiendo el aire cuando menos — ya había triunfado; pero pobre de él si las perlas del collar o los brillantes del botón de la camisa no estaban detallados a prueba de lente.

Mas entre el óleo colocado en el testero de la sala o la miniatura concluida y resguardada en el marco de oro, avalorado a fino cincel de los días de paz opulenta, y la tela o el marfil conservados después de la borrasca en que nacieron las naciones, que abismo existe de sucesos y de perdición!

Es como decir un hogar que no fué escarbado: la casa vieja mantenida más o menos intacta, la puerta excepcional — si es que la hubo — donde no golpeó nunca la barbarie de una partida en armas, o la tiranía de un apremio; el techo donde no alcanzó ni la emigración ni la guerra.

Y en el hogar así, cerrado, que no albergara la desidia: casa donde uno solo — uno siquiera de los hijos varones, rindiendo culto al progenitor fué digno de él, o donde, lo más general — una hija solterona refugió en las cosas la soledad de su vida, defendiendo con celo exclusivo cada reliquia, teniendo para cada nadería la prolijidad inverosímil de unas manos que, quien sabe cuantas veces, como la Sor Violante de Julio Dantas, sintieron la sacratísima nostalgia de envolver los pañales de un hijo.

¡ Pobres admirables viejas solteronas que tanto habéis conservado para nosotros!

¡ Bendito vuestro celo cuidadoso por un paquete de cartas o la cajita historiada que encerraba el milagro de luz de un primitivo daguerreotipo!

¡ Bendita vuestra prolijidad, bendito el amor de vuestro sin amor, que custodió un siglo la casaca de seda de un cabildante, la documentación justificativa de una honra, el sable pesado de gloria, que fulguró en una tarde divisora de dos épocas . . . !

* * *

Sin embargo, cuando se trata de investigar alrededor de una figura sustantiva y máscula, de una de las personalidades que llenan mucho sitio del pasado, la tarea del estudioso se aliviana.

Entonces el limite del hogar se dilata; el linde del culto no es el linde donde concluye el lar.

El lápiz de las litografías incunables, fué privativo de los poderosos de la hora, la imagen de los grandes llamó siempre el cincel o los pinceles prestigiosos; así Houdon atravesó el Atlántico para hacer el noble busto de Washington y David d'Angers perfijó en estupendo medallón la "cabeza de los milagros", la cabeza de Bolívar.

Por eso poseemos nosotros varias imágenes del General Fructuoso Rivera, alto y legendario prócer de nuestra epopeya nacional y primer Presidente de la República, imágenes que, prolijamente y metódicamente estudiaré y compararé luego.

Hubiera valido muchísimo a mi trabajo un buen retrato literario, descriptivo de los rasgos físicos de Rivera.

De la confrontación entre lo escrito por quienes lo conocieron y lo observaron

y el trasunto gráfico dejado por los artistas, se sacarían siempre interesantes elementos de prueba para acreditarlos en un balance comparativo de valores.

Por mala suerte, un retrato literario de Rivera, que pueda propiamente llamarse tal, falta todavía.

Sus compañeros militares capacitados para trazar una silueta semejante: Melchor Pacheco y Obes, José M.^o Paz, Lorenzo Batlle, descuidaron hacerla.

Tampoco la trazaron Florencio Varela, Andrés Lamas y los demás amigos civiles de pluma bien cortada y fácil.

Rivera Indarte estuvo en el justo momento de trazarla en su formidable panfleto del 43 en el capítulo 8.^o, que dedica a Rivera, ¿cuando más propicia la ocasión que allí, al explicar el mote de *pardejón* aplicado a Rivera, por Rosas, Patriarca de la Mashorca, y cuando recalca sobre la limpieza de sangre de nuestro gran soldado?

El presbítero D. Dámaso A. Larrañaga, durante su viaje a Paysandú, para entrevistarse con Artigas, en 1815, vió a Rivera en la costa del Río Negro, frente a Mercedes. Era el 10 de Junio a las 2 $\frac{1}{2}$ de la tarde. . . “y prontos ya para marchar — dice el ilustre fraile patriota — observamos que llegaba al Pueblo en tres columnas la división que forma la derecha de la vanguardia del ejército oriental, al mando del Sr. D. Fructuoso Rivera, y que éste dirigiéndose al puerto en una canoa pequeña y puesto de pie dentro de ella, en compañía de un oficial venía hacia nosotros. Yo deseaba mucho conocer a este joven por su valor y buen comportamiento. El fué quien en (Guayabos) derrotó a las fuerzas de Buenos Aires mandadas por Dorrego.

“Me pareció de unos 25 años, de buen personal, cariredondo, de ojos grandes y modestos, muy atento y que se expresaba con finura.

“Su traje era sencillo, de bota a la inglesa, pantalón y chaqueta de paño fino azul, sombrero redondo, sin más distintivo que el sable y la faja de malla de seda de color carmesí, y ese mismo traje vestía su ayudante. En todo guardan una perfecta igualdad estos oficiales y solo se distinguen por la grandeza de sus acciones y por las que solamente se hacen respetar de sus subalternos. Detestan todo lujo y todo cuanto pueda afeminarlos”.

Regresando de su comisión, el 17 del mismo mes y año, vuelve Larrañaga a encontrarse con Rivera en Mercedes y anota nuevamente en su diario lo que debió llamarle más la atención: su juventud, su buena presencia, la forma redondeada de su cara y sobre todo su urbanidad y su desembarazo.

No debe extrañar éste último detalle.

El Dr. José María Muñoz, que conservó toda su vida el desafecto de los viejos conservadores por el General Rivera, dijo, en 1895, que éste era un hombre de salón, a quien el había visto desempeñarse irreprochable en tertulia de diplomáticos en los días de la Defensa de Montevideo . . .

Un veterano capitán de Cagancha, Anacleto Dufort quiso dejar a sus hijos un retrato de su antiguo Jefe, pero deslumbrado por la luz gloriosa de aquella resonante victoria nacional, solo acertó a pintar al Rivera de 1839 en una aparición épica, que el Dr. Anacleto Dufort y Alvarez — hijo del anciano guerrero — recogió en esta prosa.

"Un sol de medio día doraba la cúpula celeste, alumbrando aquellos rostros tranquilos y de mirada atenta en la expectación de los grandes hechos.

"El General Rivera montaba un caballo overo rosado. . . . Montaba Rivera con esa arrogancia soberana de los grandes ginetes, que da a los nuestros, según De Amicis, aire de príncipes.

"Vestía chaquetilla de paño azul con alamares negros, pantalón de brin color plomo, botas granaderas armadas de espolines, y en la cabeza, sombrero blanco de felpa, redondo, penacho punzó y divisa bordada de oro. Sable a la cintura, las riendas en la mano izquierda, y en la derecha . . . el látigo de trenza. Era su arma de combate. Sabía vencer pero no sabía matar".

En 1894, el General Simón Martínez, evocaba a Rivera después de la derrota de Arroyo Grande en los términos siguientes:

"El general que casi siempre andaba de particular — vestía entonces — me acuerdo como si fuera hoy — pantalón y bota fuerte, saco y un sombrero de paja grande.

"Era alto, y fornido como para aguantar fatigas, todo afeitado como se usaba entonces.

"Tenía la mirada mansa y viva, pero en el peligro ardía como una llamarada. Tenía el pelo ya plateado de canas. El era muy blanco pero estaba quemado por el sol".

Es el último retrato descriptivo, pero de igual manera que el trasunto del capitán Dufort, son evocaciones y no apuntes del natural como las líneas de Larrañaga.

Si fuera necesario, ahora, un boceto de retrato moral, ese boceto está trazado por Rodó, y no hay que decirlo, magístralmente.

"En los preámbulos de esta epopeya de la libertad, como antes, en el transcurso de la epopeya de la independencia, el vencedor de Guayabos, del Rincón, de Misiones, de Gancha, se destaca con plástica marcialidad. Interesantísima figura; héroe epónimo de un período crepuscular de civilización y barbarie, con toda la complejidad de aptitudes que este doble ambiente requería: gaucho en el campo y patricio en la ciudad; astuto como un zorro y bravo como un león; tan liberal en el concepto de pródigo como en el de amigo de la libertad; conocedor del terreno del país sin que se le olvidase cerro ni cañada, y de las voluntades de los hombres sin que se le escapase gesto ni intención; patriarcalmente vinculado al pueblo, desde las solemnidades de la vida doméstica, hasta los grandes cuadros de la existencia colectiva, desde el padrínazgo de oleos hasta la dirección de las batallas; mezcla de monarca electivo y de incoercible demagogo, de juez libertador y de caballero protector; y con la palabra que más típica y cabalmente lo caracteriza: caudillo. Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos genésicos en que ardía, como el antro de los ciclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América a modo de murallas desquiciadas. Estos, estos fueron los caudillos gloriosos".

Dos fases de la vida de Rivera, sigue diciendo el Maestro, dos manifestaciones de su múltiple gloria atrajeron siempre su entusiasmo.

"Es la una el prestigio irresistible de su magnánima generosidad. No cae sobre

la memoria del general Rivera una gota de sangre que no haya sido vertida en el campo abierto de la lucha.

"De todos los caudillos del Rio de la Plata, contando lo mismo los que le precedieron que los que vinieron después de él, Rivera fué el más humano: quizá, en gran parte, porque fué el más inteligente. En lid con enemigos desalmados y bárbaros, nunca fué capaz de su represalia cruel. Aquel inmenso corazón belicoso era un inmenso corazón bondadoso. Había para él una satisfacción más alta que el goce de vencer, y era el goce de perdonar. La fiereza heroica irradiará con deslumbradora profusión, del bronce de su estatua, pero la clemencia templará el ardor de esa violenta luz con un velo de suave simpatía.

"El otro rasgo que me interesaba relevar de la figura del glorioso caudillo es la decisión con que propendió siempre a reconocer y consagrar el valor social y político de la inteligencia. Se rodeó constantemente de elementos de civilización, de saber y de cultura. Sus hombres de consejo fueron los hombres de más alta talla intelectual entre sus contemporáneos. . . ."

He querido dar a este estudio una articulación que, a mi entender, falta en algunos trabajos extranjeros, de mucho valor, semejantes al mío.

Y hablo de los trabajos extranjeros, porque este es el primero de la índole que se publica en el país.

Inventariar y describir sin orden ninguno los distintos retratos de una personalidad, historiando cada uno de ellos, me pareció, siempre, obra de curiosidad antes que de mayor provecho.

Fiel a mi propósito y de acuerdo con lo que conozco hasta hoy acerca de retratos del General Rivera, los he clasificado por series, cada una de las cuales va encabezada por una pieza primitiva original.

A — Oleo de Besnes e Irigoyen - 1830.

B — Litografía de Risso - 1831 (?).

C — Litografía de Fermepin - 1838 (?)

- 1 c. Pañuelo historiado - 1838 (?)
- 2 c. Dibujo a pluma de Lebron - 1839
- 3 c. Medalla de Jouve - 1840
- 4 c. Litografía de Gielis - 1841 (?)
- 5 c. Litografía de Somellera - 1842
- 6 c. Grabado en cobre - 1864

D — Litografía de Besnes e Irigoyen - 1838 (?)

- 1 d. Cinta conmemorativa - 1840 (?)
- 2 d. Oleo de Blanes - 1870 (?)

E — Litografía de Bettinotti - 1843

- 1 e. Litografía de "La Defensa" - 1851
- 2 e. Oleo de Verazzi - 1864
- 3 e. Bronce de Pilet - 1883
- 4 e. Busto de Romairone - 1884
- 5 e. Grabado en acero - 1887

F — Daguerreotipo - 1850 (?)

- 1 f. Litografía de Mége - 1879
- 2 f. Cabeza al óleo, de Blanes - 1884
- 3 f. Litografía de Decaux - 1892

OTROS RETRATOS

Además de los veintidos retratos del General Rivera, reproducidos y estudiados en las anteriores páginas, hay que mencionar algunos otros perdidos o desconocidos hasta el momento.

Juan Manuel Besnes e Irigoyen dibujó a pluma a principios de 1835 un retrato de Rivera y otro del General Manuel Oribe, y ambos fueron ofrecidos por su autor a la Asamblea Nacional, el año siguiente.

La corporación los aceptó en el mes de Mayo, remitiéndoselos luego el Poder Ejecutivo a fin de que, mientras no tuvieran su sitio en el futuro Museo Nacional, les diese colocación según su discreto arbitrio.

Los dos retratos llevados a Europa fueron exhibidos en París en nuestra Legación de Francia, siendo ministro el Dr. José Ellaurí.

Desde ese momento no tenemos más noticias de los cuadros.

Tengo por verdad que no pasaban mucho de un discreto trabajo de aficionado, no obstante se hayan escrito cosas muy distintas y exageradas en otro sentido.

Tampoco debían ser de grandes dimensiones.

La comisión dictaminante de la Cámara de Representantes en su informe especial de 2 de Mayo de 1836, los llama "diseños caligráficos", denominación que se vuelve a emplear en el texto de la minuta con que remiten a la Presidencia de la República.

Fueran lo que fueran es de lamentar mucho su pérdida, como piezas documentarias primitivas, a las que "el ciudadano Irigoyen" había consagrado, según términos de la época, "su dedicación y sus talentos".

En el Museo Histórico existen las plumas de ave que Besnes e Irigoyen utilizó para estos trabajos.

* * *

Un retrato que tampoco he conseguido ver es el que publicóse acompañando al número 13 del periódico montevidiano titulado "El Telégrafo de la Línea" Semanario de guerra y del ejército. 1844 - 1845.

Esta pieza pasó desapercibida en su inventario bibliográfico sobre la prensa nacional, a Don Antonio Zinny, y con mayor razón, a mí en la lista de grabados que inserté como apéndice documental a mi estudio sobre Besnes e Irigoyen, de 1919.

Zinny en la página 498 de su libro "Historia de la Prensa Periódica de la República Oriental del Uruguay", 1807 a 1852, salta de la lámina del número 12 a la del número 16, sin contar la del número 13 que es precisamente el retrato del General Rivera a que me vengo refiriendo.

Esa litografía — que no se menciona tampoco en el texto del periódico, falta sin duda en las colecciones que pudo revisar Zinny, que fueron la de Casavalle y la suya propia, dado ser "El Telégrafo de la Línea" un periódico escasísimo.

Al número 13 que corresponde a los últimos días de Febrero de 1845, acompañaba, según mis investigaciones, "el retrato del General de los Ejércitos de la República Don Fructuoso Rivera, copia del mejor original", impreso en buen papel.

Tal retrato se repartió nada más que a los suscriptores, y el resto del tiraje se puso a la venta en la Librería de Hernández, al mismo tiempo que el del bravo coronel Marcelino Sosa, que acompañaba al número 16.

No obstante la perseverancia de mis indagaciones no he logrado ver esa imagen del conquistador de Misiones, ni he conseguido más datos que los precitados.

No es expuesta la suposición de que si los grabados de "El Telégrafo de la Línea" los dibujaba por lo general E. Bettinotti y en subsidio de éste Besnes e Irigoyen, el retrato de 1845 pueda ser copia del mismo que Bettinotti hizo dos años antes, el 43 y que se estudió en la página 66, distinguido con la letra E.

Aceptada esta hipótesis el retrato de "El Telégrafo" habría que insertarlo—dentro del orden de mi clasificación — antes del número 1 e. de esa serie, es decir antes de la reproducción de "La Defensa" de 1851.

* * *

Hállanse perdidos además en la hora actual, los retratos del General Rivera que guardaba, al morir, su señora esposa Doña Bernardina Fragoso.

A uno de ellos me referí ya, ocupándome del óleo que pintó Verazzi.

En el inventario de los bienes que dejó al fallecer en 1863, aquella dama patricia, adornada por las más eminentes virtudes, figuran dos retratos del General: uno grande, al óleo, con marco dorado y otro, mencionado entre las alhajas, en los siguientes términos:

"Un prendedor con arito de oro con el retrato del General Rivera y de su esposa Doña Bernardina Fragoso".

Estos dos retratos, integrantes de una joya tenían que ser, por fuerza, dos miniaturas.

Ni del gran óleo ni de estos dos pequeños retratos sabemos nada.

El coronel León Muñoz, es poseedor de un óleo de Rivera, de autor y fecha desconocidos, pero la tradición de familia no lleva a pensar que ese retrato sea el que Doña Bernardina guardó en vida.

Se le tiene por obra de Blanes, y, para ser así debió ser hecho antes de ir a Europa nuestro gran pintor cuando justamente no era capaz de hacer un retrato de tal factura.

Debo aún mencionar la miniatura y el cuadro pintados por Manuel de Clemente, trabajos buenos pero que no aportan nada nuevo a la tarea del investigador y del crítico, atento a ser copias o variantes pequeñas de modelos conocidos.

Otro tanto sucede con una cabeza pintada sobre marfil, de un antiguo cuadro bordado en seda que donó al Museo Histórico el Dr. Augusto Turenne.

Creo, todavía, que de acuerdo con anotaciones originales que conservo pueda existir una litografía de busto, en el Museo Histórico Argentino, pero cuando fui a Buenos Aires, a fines de 1926, con propósito de obtener las reproducciones de otras piezas, no conseguí ratificar los datos, un poco antiguos ya, de mis notas.

CONCLUSION

Al poner punto final a esta monografía asísteme la completa certeza de que, enseguida o casi enseguida de publicado mi libro, va aparecer algún retrato que yo no inventaré.

Siempre sucede lo mismo en estos casos.

Unas veces es el libro en sí el que despertando un recuerdo o avivando una curiosidad, hace que se ponga mano sobre la pieza olvidada o pospuesta, con alabable y nunca tardío ánimo de cooperación.

Otras ocasiones, es el mal espíritu avieso del que, en inútil posesión del secreto, saboreó anticipadamente la complacencia de comprobar la omisión del que buscó tanto.

Bien venido seas, a pesar de todo, soslayado y desleal colaborador de una tarea oscura y sin recompensas; aceptaré tu aporte, en lo que pueda valer por más que me niegue a alargarte la mano.

Los que trabajamos como trabajo yo, en mérito de idealidad patriótica y de honrado empeño, podemos darnos la noble satisfacción de ser así . . .



INDICE

	Pag.
Antecedentes de esta publicación	7
Preliminar	13
Clasificación por series	19
Oleo de Besnes e Irigoyen	22
Litografía de Risso	26
Litografía de Fermepin	30
Pañuelo historiado	34
Dibujo a pluma de Lebron	38
Medalla de Jouve	42
Litografía de Gielis	46
Litografía de Somellera	48
Grabado en cobre	52
Litografía de Besnes e Irigoyen	54
Cinta conmemorativa	58
Oleo de Juan Manuel Blanes	62
Litografía de Bettinotti	66
Litografía de "La Defensa"	70
Oleo de Verazzi	72
Bronce de Pilet	76
Busto de Romairone	78
Grabado en acero	80
Daguerreotipo	82
Litografía de Mége	86
Cabeza al óleo, de Juan Manuel Blanes	88
Litografía de Decaux	90
Otros retratos	91
Conclusión	93
Nota	94